

DARWINISMO Y FILOSOFÍAS

por BERNARDO SEBASTIAN BELLO

El mejor homenaje a Charles Robert DARWIN (1809-1882) en el primer centenario de su muerte y en confirmación de su teoría evolutiva —“Origen de las especies por vía de selección natural”—, sería interesante la publicación de un catálogo de cienciametría evolutiva del siglo. La evolución ha seguido su sentido y el progreso de las ciencias ha sido espectacular en los cien últimos años. Hoy el saber científico alcanza niveles no insuperables —negaría la misma teoría del progreso— pero sus cuotas son tan altas y visibles que prestigian y acreditan el método y el saber científico.

Lo que es menos evidente —y desde ciertos círculos del saber negativo— es la relación ciencia y filosofía. La hija —dijo alguien hablando desde el positivismo— se comió a la madre. Lo científico creció tanto en su campo que agotó toda la extensión del saber: o, al menos, que tenga la categoría y valor de conocimiento.



DIBUIX: JAUME FALCONER

Sí, es cierto, que ha existido confusión sobre el sentido de ciencia y su relación con la filosofía, o sobre la compatibilidad entre ambas. Y desde esta opinión puede que alguien juzgue de incoherente el tratar de resaltar la figura de Darwin partiendo del campo de la filosofía. Sin embargo, existe también el criterio opuesto: si hay que hacer un catálogo del valor de la teoría darwiniana en el progreso del saber quedaría mutilado si en aquel no se recogieran las aportaciones e influencias en el campo filosófico. Y éste es mi propósito: evidenciar, en lo posible, la incidencia positiva del darwinismo en la especulación filosófica.

El trabajo lo dividiré en tres apartados. El primero, ciencia y filosofía, si bien tiene aquí un valor meramente propedeutico, es fundamental para mi propósito ya indicado, y válido también para cifrar la mutua interferencia ciencia-filosofía, la globalización del saber e imposibilidad de una ciencia neutra. El segundo, darwinismo y el concepto de evolución, trataré de exponer la incidencia de la teoría de Darwin en la filosofía tradicional aquilatando el concepto y su imbricación en la creencia y mitos religiosos. Y en tercer lugar, evolucionismo científico y utopías filosóficas, haré una recapitulación esquema de la filosofía antropológica contemporánea dependiente de las nuevas investigaciones de la ciencia en la evolución de las especies.

1. CIENCIA Y FILOSOFÍA

La filosofía no es un saber científico y no tiene valor de lo razonado científicamente, pero esta afirmación no niega que la filosofía sea un saber razonable con el valor que la razón misma tiene. Se condenó a la ciencia desde la metafísica —no hace mucho tiempo— pero, desde el positivismo, se ha caído en el error inverso: la desauto-

rización de la filosofía por la ciencia. Del dogmatismo metafísico se ha pasado al mito científico.

Dentro del positivismo se distinguen dos corrientes extremas: una científicista y la otra dogmática. Para nosotros la mitificación de la ciencia no está en el científicismo (ciencia = a saber), sino en su actitud dogmática (saber sabiduría, o conocimiento absoluto, definitivo...). Alguien puede objetar que ambos extremos ya están superados: la metafísica reconoció su error y del positivismo dogmático se ha pasado al neopositivismo que, en cierto sentido, él mismo se ha convertido en una rama de la filosofía, hoy de moda, la filosofía de la ciencia. Sí, esto último es cierto en la teoría, y lo confirma también la filosofía analítica de hoy, que confiere cierto valor matizado al campo epistemológico, pero la realidad práctica es muy otra, la ciencia es un nuevo mito. Este dogmatismo se localiza sobre todo en un dato que, de puro generalizado, normalmente si apenas se puede percibir: el hecho de que en cualquier discusión el contenido del concepto científico se dé siempre por supuesto. Para el filósofo este concepto de ciencia no es algo dado de una vez por todas sino algo que hay que construir y volver a reconstruir (o al menos en parte) a cada paso de la historia. El mito invalida prácticamente la ciencia, está en contradicción con su mismo ser. Lo confirma el hecho de que la ciencia evoluciona y de que en esta evolución hay múltiples errores, pasos hacia atrás, cambios, modificaciones. La certeza y seguridad que se atribuye al conocimiento científico es algo que hace referencia más a una actitud psicológica del sujeto y no a una nota intrínseca de la ciencia. Esta, la ciencia, no tiene ningún medio para proporcionar un conocimiento cuya certeza esté garantizada en absoluto.

Como prueba de mi última afirmación recordemos la definición que dió Comte, padre del positivismo, de lo que es científico: "todo aquello sometible a la ordenación matemática". La matemática es la ciencia suprema, ella es el método para que otro saber se haga científico. Y hoy se dice, desde la misma ciencia, que hay que replantearse el edificio de las matemáticas, pues le han aparecido paradojas y contradicciones y cae la estructura del mundo físico newtoniano.

Creo de cierto interés recordar qué suele entenderse por filosofía de la ciencia en la epistemología contemporánea, concepto necesario para interpretar el sentido de este trabajo.

Son dos las corrientes con el nombre de filosofía de la ciencia: en sentido amplio y en sentido estricto.

—En sentido amplio, como disciplina, o parte de la filosofía, que nace en nuestro siglo, aunque con inicios o antecedentes ya en el siglo XIX. Esta, filosofía de la ciencia, no se ocupa del "conocimiento en general", identificándose con la gnoseología, a la teoría del conocimiento, según el esquema clásico de la filosofía tradicional, sino que su objeto específico son los problemas concretos que plantea el conocimiento científico. Su origen se relaciona,

principalmente, con la crisis de la ciencia, a la que hemos hecho mención anteriormente.

—En sentido estricto, filosofía de la ciencia, es como una aclaración de la estructura lógica del conocimiento científico, lo que supone una incidencia capital sobre el lenguaje científico que hay que aclarar y analizar. Suele denominarse también filosofía analítica o filosofía formalista de la ciencia. Hoy pueden distinguirse multitud de tendencias y matices que principalmente se orientan al contexto de justificación, relaciones lógicas y problemas de validación o fundamentación entre enunciados científicos.

Partiendo de estos supuestos de la filosofía de la ciencia, el horizonte de la filosofía se vuelve infinito, o con los mismos límites que pudiese tener el universo. Un científico tan distinguido, el que formulara la ley física de la indeterminación, W. Heisenberg, ha escrito: "Los conceptos científicos existentes siempre abarcan sólo una parte limitada de la realidad, y la otra parte que aún no ha sido comprendida es infinita. La ciencia, por tanto, no es infalible y absoluta, ni puede ser neutra, no sólo del contexto sociológico e histórico, sino que tiene una interferencia esencial con sus fundamentos ontológicos y críticos. Kant que negó la posibilidad del saber filosófico central (la Metafísica) y afirmó que la ciencia, en cambio, "había alcanzado su seguro camino", afirmó también que las preguntas metafísicas eran connaturales a la especie humana. Nadie puede renunciar a estas preguntas, el que las da por renunciadas es que ya las ha contestado inadvertidamente.

Sin embargo, después de lo expuesto, hay que ser realistas y aclarar toda la verdad. El mito de la infalibilidad puede darse tanto en el ámbito de las ciencias naturales como en las ciencias sociales. Las crisis de la matemática, del sistema de Newton y el hecho de que la geometría euclídea no es, desde el punto de vista lógico, más que una de las muchas geometrías posibles, algunas de las cuales, no euclídeas, se prestan mejor para representar ciertos niveles del mundo físico, han contribuido a la desaparición del mito y toda forma dogmática en las ciencias naturales. No así en las ciencias sociales que se han endiosado, por paradójico que parezca, y ello es su desprestigio y, en algunas de ellas, la destrucción de su misma esencia. Por ejemplo, no se pueden concebir una sociología, o una pedagogía, como ciencias puras, neutras, su deshumanización filosófica es su propia muerte.

En este juicio de relación ciencia-filosofía, también cabe que nos fijemos en la posición opuesta: filósofos que nada quieren saber de la ciencia, por lo general, con el propósito de salvar así un espiritualismo que ven amenazado. O también la intención de otros, que prefieren delimitar respetuosamente los campos y establecer pactos de no agresión renunciando de antemano a cualquier tipo de ingerencia en asuntos ajenos. Los filósofos más recalcitrantes anticientíficos parecen así lanzados a una veloz carrera hacia la esquizofrenia intelectual, una especie de

versión actualizada de la doctrina medieval de la doble verdad, pero con el temor del lado opuesto: allí era la filosofía de la facultad de artes la que temía ser ahogada por la teología.

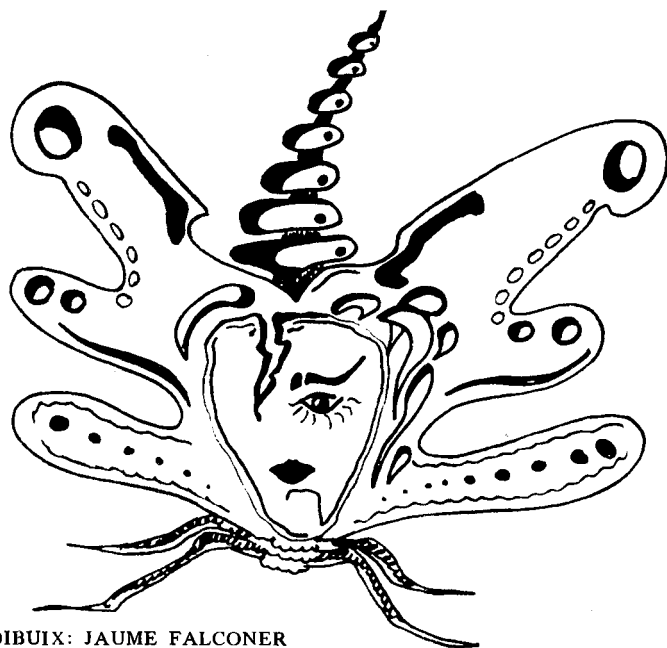
No hay una ciencia neutra, ni infalible; ni tampoco la filosofía puede presumir de esos atributos. Quienes defienden lo contrario, en ellos no hay más que el desprecio de lo que ignoran. Nos parece una incongruencia la tesis de quienes hoy hablan de las dos culturas.¹

Nota confirmatoria de nuestra opinión es la teoría de Darwin sobre la evolución de las especies. Alguien ha dicho que la teoría transformista desborda necesariamente los hechos observados y se hace atemporal, se conjugan realidades metafísicas y de ciencia y marca el camino a proseguir en el estudio del árbol de la vida.

2. DARWINISMO Y EL CONCEPTO DE EVOLUCION

La teoría de Darwin sobre la evolución de las especies no sólo ha tenido relación causal directa o de motivación en el pensamiento filosófico posterior, sino, además, su valor crítico trasciende el tiempo y resulta fundamental para juzgar el zigzag de la historia en la formación del concepto de evolución, término y significado esencial en la constitución de la propia filosofía.

Partiendo del evolucionismo científico, desde el juicio de valor admitido, y para que quepan todas, o la mayoría, de las corrientes filosóficas se puede pergeñar una definición de evolución en los siguientes términos: "La hipótesis que pretende explicar los fenómenos, cósmicos, físicos y mentales, por transformaciones sucesivas de una sola realidad primera, sometida a perpetuo movimiento intrínseco, en cuya virtud pasa de lo simple y homogéneo a lo compuesto y heterogéneo. "Es un concepto de evolución filosófico, que cuenta con los datos evidenciados por



DIBUJ: JAUME FALCONER

la ciencia y que nos abre el camino para la revisión crítica de toda la filosofía.

Al pretender esquematizar la idea de la evolución, no se ha de olvidar que, cuando inquirimos por el origen del hombre, a la par problematizamos el origen del mundo, pues aquél es y, por lo que hasta ahora sabemos, solamente puede ser en el mundo. El interrogante metafísico si el hombre es eterno o creado, esto es, si tuvo principio en el tiempo, cuestiona a su vez nuestro ser y origen como hombres.

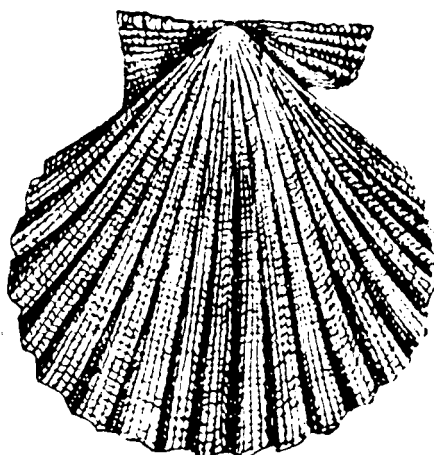
Entre los griegos fue indiscutible (salvo raras excepciones de algún presocrático) que la materia siempre existió. El principio (ARJE) originario de todas las cosas era eterno. Si el Olimpo con sus dioses era eterno, de eternidad también gozaba aquello con lo cual forjarían el mundo y el género humano. Ningún dios o demiurgo dio el ser al hombre, éste podía presumir, en cierto modo, de cierta autonomía incluso frente a la divinidad.

Por el contrario, otra filosofía paralela a la griega, la filosofía judía sostiene otra convicción y es que el universo tiene principio: de lo que no era, de la "nada" absoluta, algo empezó a ser y a existir. La posición del hombre cambia en el mundo y en su relación al Ser supremo. Esta tesis supone una auténtica y absoluta transcendencia de lo divino frente a lo humano. Por otra parte, el concepto de "nada" de la filosofía judía, como veremos, otorga mayor dinamismo al cosmos y abre posibilidades de conocimientos ocultos a los griegos. Quede ya aquí anotado, como anticipación: el evolucionismo es mayor de la nada al ser, que del mismo ser a su perfeccionamiento.

Para el pensamiento griego el universo estaba ya dado eternamente. No hay cambios en lo que siempre ha existido. Sin origen, los cambios o mutaciones son aparentes conforme lo imaginara Parménides. O si se explica en su devenir: es un eterno retorno de formas fijas, repetición periódica como lo explicó Heráclito.

La cultura griega gusta de formas fijas. El universo está ordenado y jerarquizado con el ser humano en su cúspide. El hombre nacía dotado con un instrumental adecuado psíquico y físico; sólo necesitaba oportunidades para desenvolverse. De estas circunstancias dependía su desarrollo. Mundo y hombre formalmente eran inmodificables. Sócrates con su mayéutica o exploración de un mundo interior, Platón con la capacidad humana para despertar ideas adormecidas y Aristóteles con la atribución de facultades que no cambian, sino que únicamente se agilizan, son pruebas en diversos grados de esta modalidad.

Siendo la eternidad una cualidad congénita al universo no habrá alternativas novedosas sino crecimiento y desarrollo, grados de acuerdo a normas fijas ya antes repetidas. El hombre, dentro de este mundo, despliega su saber, trabaja, establece culturas y civilizaciones. Esencialmente el universo y el hombre no son afectados, sino sólo accidental u ocasionalmente en cuanto logra mayores agilidad y facilidad, o grados en su esencia eterna.



El concepto bíblico de creación, tal como lo encontramos en el capítulo primero del Génesis, fundamental en las religiones judía y cristiana, bien interpretado es dinámico y progresista en su mismo ser. Cabe, sin embargo, dentro de esta concepción, afirmar que el universo y el hombre desde el primer momento de su existencia, fueron formados tal como son ahora, y que las diferencias se deben al ejercicio de facultades, como el entendimiento y la voluntad. El hombre primitivo sería un animal racional, con la frescura de todas sus facultades, en mejores condiciones quizá que su descendencia, según opinan algunos, pues todavía éstas no estaban malogradas por el abuso. A pesar del creacionismo es ésta una concepción estática que, a lo más, admite una evolución más bien regresiva. El primer hombre era más perfecto de lo que puede ser hombre alguno hasta el fin de los tiempos. Esta manera de concebir el origen de la humanidad difícilmente anda de acuerdo con las conclusiones científicas actuales que siguen la línea de la teoría darwiniana. E incluso, mal están de acuerdo con una teología que presenta un plan divino que da indicios de fracaso desde su inicio.

En los primeros siglos del cristianismo ábrese paso otra interpretación, mucho menos estática, creacionismo sin interpretación filosófica griega. El hecho de la creación es como la siembra de una semilla; esta, en un posibilidad de realización lejana, sintetiza el futuro desarrollo; pero sólo logrará el éxito con el esfuerzo y trabajo denodados.

El cosmos y la vida evolucionan y progresan hacia metas que serán beneficiosas y exitosas, pero que es incapaz de revelar su perfección en los orígenes y desarrollos iniciales. Esta concepción del universo y del ser humano están supuestos en los escritos de Justino Martir en la primera mitad del siglo II y en la doctrina de Rationes seminales de San Agustín. Esta tesis de interpretación bíblica activista está de acuerdo con las ideas modernas de evolución.²

Por la historia vemos que, con el correr de los siglos, se impuso en la cultura occidental el creacionismo con la interpretación o modalidad greco-romana. La religión cristiana se sirvió del mismo razonamiento para interpretar sus dogmas. Y de todo ello sabemos las vicisitudes que ha tenido la ciencia moviéndose entre serios obstáculos.

Hoy el concepto de evolución está fundamentado a través de la ciencia —mérito en gran parte del darwinismo—, si bien el horizonte de la razón especulativa no tiene límites. Y mientras no lleguen datos concretos científicos la filosofía se lanza a la conquista de la explicación última de la evolución hablando del universo cerrado o el universo abierto, y de las teorías de los agujeros negros del cosmos tratando de dar la explicación completa de la evolución por las últimas causas.

3. EVOLUCIONISMO CIENTIFICO Y UTOPIAS FILOSOFICAS

Es claro el concepto de la primera parte del enunciado —método y ciencia aplicado al estudio de la evolución—, puede que no haya tanta precisión o unanimidad en dar una definición respecto a lo que denominamos “utopías filosóficas”. La “u-topía” —del griego u, negación, y topos, lugar— implica siempre estar en otra parte; es la negación constante del orden dado. Utopía en filosofía es el nombre que, desde la obra de Tomás Moro (1478-1535) se da a las doctrinas, o estados de las cosas, imposibles de realización real en un momento dado de la historia humana, pero a las (o los) que se presenta como ideal de vida o sociedad. No se identifican utopía y esperanza, ésta es la actitud humana de confianza en el advenimiento del futuro propuesto por la utopía.

Partiendo de este prenotando de lo que entendemos por utopía, nuestra afirmación es la siguiente: el evolucionismo científico, o la teoría de la evolución de las especies, fue un paso de gigantes en la biología y en la bioquímica, su repercusión fue enorme en todo el campo de la ciencia y su influencia también muy notoria en la filosofía. Yo diría que la teoría darwiniana puso de moda la evolución y en el campo de la ontología su incidencia es tan importante que la filosofía contemporánea es esencialmente antropológica futurista. La ciencia de la evolución obliga a filosofar sobre el “sentido de la existencia” El hacia dónde? o el para qué? de la existencia del hombre, son el núcleo de la filosofía de nuestro siglo.

Un esquema de las principales corrientes filosóficas de hoy evidencian mi afirmación:

—Utopía marxista: Es patente la admiración y respeto que en numerosas ocasiones Marx cita en sus escritos a Charles Darwin. La sociedad sin explotaciones y la verdadera historia de la humanidad que lleva en su sentido evolutivo a una sociedad mundial utópica, que según algunos de sus pensadores más críticos, ya se está realizando por el colectivismo, el protagonismo proletario y la acción de la vida como praxis al servicio de la revolución.

—La esperanza cósmica de Teilhard de Chardin. Filosofía utópica de la esperanza optimista apoyada en los hechos concretos: aparición de la vida en la evolución de la materia; aparición de la reflexión humana en la evolución de la vida; y la aparición de la noósfera o humanidad progresivamente centrada sobre sí misma en la evolución de la reflexión. En esta marcha ascendente del cosmos se vislumbra un punto final de convergencia por ascensión que Teilhard llama e identifica con Dios de la Revelación Bíblica.

—Utopía cristiana del Reino de Dios (existencialismos cristianos). La reflexión cristiana sobre la fe lleva a subrayar la importancia de la existencia como confianza segura en el progreso del Reino de Dios hasta su consecución final. Se distingue de la confianza marxista en que no se apoya sobre leyes de avance de la historia y de Teilhard en que no basa su fuerza en el éxito del desarrollo de la evolución universal. Esta esperanza cristiana reposa en la Palabra de Dios, en su voluntad de salvación para todos los hombres y en la realización de esta salvación por Jesucristo. Es una esperanza utópica, sin apoyaturas científicas (como intentan Marx y Teilhard) y fundamentada en la opción de fe total en la promesa de Dios.

—Utopía absurda de la existencia humana (existencialismos ateos).

La vida del hombre no tiene sentido. Tener amigos, comodidades, influir en política, etc..., es agradable, pero lo que se niega es que tenga un sentido último, valor radical que justifique la existencia y le dé una relevancia única. La existencia humana es limitada por los cuatro costados, sin valor transcendente. "El hombre es una pasión inútil". Una utopía absurda. La evolución del fracaso.

—La esperanza sin objeto, Ernst Bloch.

Filósofo alemán contemporáneo, disidente a la vez del marxismo y del cristianismo, concibe el devenir de la existencia humana en la esperanza pura, en el avance del individuo y de la sociedad en busca de nuevas metas, de nuevos logros. Pero no cree que a esta esperanza le está asegurado un final garantizado. Ni la sociedad sin clases del marxismo ni el Reino definitivo de Dios del cristianismo pueden ser objeto de la esperanza humana. Es una esperanza sin objeto. La utopía de la muerte de todo lo que se esperaba.

—Utopía personalista de la existencia humana. Tiene las siguientes notas específicas:

a—El ser humano es radicalmente diferente de los demás seres del mundo.

b—Su existencia no es un mero "estar ahí", como una cosa, sino que consiste en la construcción de una biografía dependiente de su libertad y sus circunstancias.

c—corporeidad, socialidad y libertad son rasgos esenciales de su naturaleza.

Sobre estas realidades se afirma el valor absoluto de la persona humana, valor que no puede ser anulado por

la fuerza física, o la violencia moral, o por la opresión económica o la manipulación política. La persona humana y su desarrollo es la base sobre la que se edifica la vida social. Una sociedad abierta y personalizante, que tenga las estructuras aptas para el desarrollo dentro de ella de sus mujeres y hombres como personas que hoy se mira en lo utópico. La Declaración Universal de los Derechos Humanos de la O. N. U. puede considerarse como un manifiesto personalista, ya que es la persona humana concreta el sujeto de los derechos allí proclamados. Puede decirse que este redescubrimiento de la persona, de su dignidad y de su intangibilidad es la reacción de los mejores de nuestro mundo tan múltiplemente amenazado por fuerzas despersonalizantes. Utopía en una persona que vivirá mejor.

Resultaría interminable la enumeración de todas las corrientes filosóficas inyectadas por las teorías evolucionistas de finales del siglo pasado y primer tercio del actual, recordemos tan sólo el vitalismo (Nietzsche, Simmel), el historicismo (Dilthey, Ortega) o la filosofía de los valores (Meinong, Von Ehrenfels, Scheler). Ellos no han pretendido analizar y determinar cual es la esencia humana universal sino descubrir cuáles son los valores que les dan sentido.

He de concluir que no es posible hacer la historia del hombre sobre la tierra sin analizar, al mismo tiempo, su filosofía. No se narraría la realidad de hechos humanos. Si la ciencia positiva descubre el sentido de la existencia del hombre abre el abanico de su razón especulativa para jugar el pasado y hacer proyectos sobre su dirección al futuro.

Darwin marca un hito en la biología, también otras ciencias han sido beneficiarias de la teoría de la evolución de las especies, y la filosofía, justo es reconocerlo, ha recobrado nuevos horizontes con una metafísica de la vida de fronteras abiertas.

NOTAS

¹ Muchas de mis afirmaciones sobre la relación ciencia-filosofía pueden confirmarse más ampliamente en:

MURGUERZA, J. Nuevas perspectivas en la filosofía contemporánea de la ciencia, en Teorema III (1971).

QUINTANILLA, M. A., Notas para una teoría postanalítica de la ciencia, Revista de Occidente, 138 (1974).

QUINTANILLA, M. A., Idealismo y filosofía de la ciencia. Introducción a la epistemología de Karl Popper, Madrid 1972.

BUNGE, M. La ciencia, su método y su filosofía, Buenos Aires, 1971.

² La compatibilidad de la teoría evolucionista con la doctrina religiosa del creacionismo se puede encontrar ampliamente desarrollada en:

PIO XII, encl. *Humanis generis* (12 de Agosto de 1950).

AGUIRRE, A. de, Reflexiones sobre nuestro conocimiento de la evolución humana, en el Vol. A. HAAs, *Origen de la vida y del hombre*, B. A. C., Madrid, 1963.

ARMENDARIZ, L. M., La creencia cristiana y la evolución en el Vol. colectivo *La evolución*, B. A. C., Madrid, 1966.